

gándose a la pendiente, en el ensanche del Cardenal Mendoza, siglo XV, mismo, aun en el siglo XIV, algo más alto que la Catedral, y en el mismo del siglo XII de don Cerebruno.»

* * *

Don Bernardo de Age fué el primer prelado cuyo nombre quedó íntimamente unido a la historia de la Catedral —monumento que bastaría por sí solo para justificar el rango estético de Sigüenza—, si bien no sabe fijamente si debe considerársele reconstructor, en 1124, de un primitivo templo existente en otro paraje, junto al río, o bien quien inició las obras del actual. Lo más probable es que reedificara el antiguo y, varios lustros después, ya en las postrimerías de su episcopado, pusiera los cimientos del nuevo, de mayores proporciones. En un documento de 1156 consta que el obispo siguiente, don Pedro de Leucate, galo también, de Narbona, señaló renta «para la obra de la iglesia, hasta que las cabezas de los altares y la cruz de toda la iglesia estuviesen del todo construídas». Otro obispo, don Cerebruno, igualmente francés, de Poitiers, que fué preceptor de Alfonso VIII, dió gran avance a la edificación, y al llegar ésta al crucero, en 1169, quedó ya la catedral abierta al culto. Dada la época de referencia, ni que decir tiene que el plan constructivo respondía al estilo románico, en planta y estructura, con tres naves, crucero

y cinco ábsides en la cabecera, según denotan los capiteles de los pilares torales, donde arrancaban las bóvedas —que no se sabe si fueron de medio cañón o de crucería—, y los arcos apuntados que están señalados en los hastiales del crucero. Poco después, comenzados ya los muros laterales del brazo mayor, con ventanas y pilares interiores, fué nombrado obispo don Martín de Hinojosa, abad del no lejano monasterio de Santa María de Huerta, y este hecho ejerció decisiva influencia en la fábrica catedralicia, pues supuso cambio de estilo, adoptándose el cisterciense o protogótico en que se edificaba aquella abadía, resultando de ello esas dos obras superpuestas de que habla Lambert: la inferior, o sea muros y pilares hasta cierta altura, propia de la escuela hispano-languedociana, análoga a la de las catedrales de Tarragona y Lérida, y la otra, o superior, de las escuelas del Norte de Francia, en que fueron planeadas las bóvedas del famoso refectorio de Huerta y se harían las basílicas de Avila y Cuenca. Así se ha afirmado que la transición se manifiesta en la acertada y discreta amalgama de una obra del mejor gótico borgoñón, sobre una base cisterciense de la escuela de España y del Languedoc. En el siglo XIV fué hecho el claustro primitivo, y en el XV se agregaron capillas y otras dependencias. Fué por esta época cuando, inopinadamente, derrumbáronse las bóvedas del crucero y de la capilla mayor, reedificadas a partir de 1468, siendo obispo el

Plaza mayor.

